Año 1962
Correo Catalán
124
18 febrero

Repetido

LA CALLE EN OBRAS

POR JOAQUIN CARO SOTHO
De la Real Academia Española

A esta calle, por la que de vez en cuando paso, camino de mi oficina, una calle pequeña a la que no le iría mal ese adjetivo, que, por otra parte, odio cordialmente, de recoleta, le ha llegado la hora de la cirugía. No sé si estética tan sólo, si funcional también. El caso es que, desde hace pocos días, unos hombres armados de las más primitivas herramientas concebibles, picos y palas, con arreglo a la misma técnica que hubieran podido emplear nuestros tatarabuelos, han arrancado su costra de viejos adoquines, han abierto unas zanjas a lo largo de las aceras que muestran, descarnadas, las raíces de los aligustres municipales y de los reverberos de Esquilache y nos tienen a nosotros, los tan sufridos como ilusionados transeúntes, pisando el visigótico barro de los tiempos en los que era Madrid castillo famoso que aliviaba el miedo del rey moro.

Mentiría si ocultase la auténtica alegría que sienten todos los vecinos por la decisión del Ayuntamiento y lo muy felices que se las prometen para el día de mañana. Cierto que, conforme uno de ellos apostilla, «no somos nadie».

Se refiere al reencuentro con la tierra virgen, con el suelo nunca hollado y estepario que se produce apenas se profundiza veinte centímetros en el corazón de la calzada. Las calzadas y las aceras de las calles de las grandes ciudades no permiten, ni, la verdad sea dicha, exigen casi, alegres excavaciones. Mil venas y arterias las recorren, por las que circula la linfa vital indispensable a quienes habitan sobre sus costillares —gas, agua, electricidad, teléfono, calor—. Cables de diversas procedencias forman artificiales tendones; el alcantarillado es una especie de metro para gnomos... Llegar al cuaternario es, en suma, empresa dificultosa. Aquí, no. En esta calle a la que aludo, igual a centenares de calles madrileñas, el cuaternario ha aparecido diez minutos después de comenzados los trabajos. He mirado, entonces, a las casas y me han parecido tan desasistidas de solidez y de amparo como esas que el capricho alza en las cumbres de algunas montañas o en los acantilados de cualquier mar proceloso. Realmente —he pensado—, todo lo que el Ayuntamiento nos cobre por vivir aquí, es excesivo...

De improviso, la única cañería que daba fe de un cierto trabajo preexistente ha sido hendida —me lo temía ya— por uno de los picos, y un surtidor de agua ha ascendido desde el suelo a la imprudente altura de las rodillas de los viandantes. Los obreros han suspendido su tarea y se han agrupado en torno suyo. A juzgar por la curiosidad con que es observado, diríase que se trata de un fenómeno sin precedentes. Si en lugar de agua fuese ambrosía lo que manase, el estupor y la atención que le prestan no sería mayor. A uno le preocupa un poco, paletamente, que por aquella boca abierta, que nadie se dispone a obturar, se le vaya a la ciudad su entera provisión de líquido, que se deshidrate, en suma, y que, desde los embalses de Lozoya a los baños particulares, se acuse la diferencia de nivel, si las cosas continúan así mucho tiempo. Entretanto, y como el frío aprieta, alguien ha cortado unas cuantas ramas de los árboles cercanos, las ha entrecruzado cuidadosamente, y las ha prendido fuego. Otros, a quienes fatiga ya el espectáculo del surtidor, vivaquean en torno de esa hoguera improvisada. Claro está: las obras de la calle se han parado.

Digo todo esto porque si mañana los obreros municipales ahondasen un poco y apareciesen otros colmillos como los del «elephas primigenius» hace algún tiempo descubiertos, no me sorprendería nada. Yo pienso que entre la época en la que esos gigantescos animales vivían, combatían y se reproducían y la actual, ha pasado por el subsuelo de Madrid un mínimum de cosas. Madrid es el fruto de un esfuerzo heroico, una ciudad edificada casi contra natura, en un paisaje desértico, al costado de un arroyuelo goteante, con un clima extremo y duro —aunque en los años que los hombres de mi generación llevan vividos parezca dulcificadísimo— y la empresa de mantener en un borroso perímetro de cerca de dos millones de habitantes está erizada de dificultades.

Madrid ha nacido por Decreto. Su madrina ha sido la pura geometría. Vive merced a su equidistancia del litoral y es lógico que sea alimentado más por la burocracia que por la industria. Puesto que su auge lo determinó no tanto su propio impulso como el que le infundieron desde fuera, puesto que creció y se multiplicó, no con el desorden de su propia exuberancia vital, sino por decisiones superiores, lo que a uno le duele es que Madrid, en parte debido a la ausencia de preocupaciones urbanísticas en sus regidores de antaño, en parte a la desidia, no sea hoy una gran ciudad, como debería serlo; más ordenada y desahogada, más hermosa.

Asusta un poco asomarse a sus afueras. Sin solución de continuidad, se pasa del asfalto de las últimas estribaciones, a las silvestres amapolas. La tierra originaria circunda a Madrid y parece disponerse a devorarlo, a poco que su tensión arterial baje de grados. En torno de casi todas las grandes ciudades del mundo, el viajero que se acerca a ellas encuentra una a modo de anticipación y promesa de lo que la ciudad es. Las casas comienzan a agruparse, a concentrarse, surgen las fábricas, el tráfico empieza a hacerse difícil. En Madrid, no; todo es súbito e instantáneo.

Vista desde el aire, esa sensación se acentúa. Madrid es una isla civilizada, en el centro de una planicie estéril; una moña en un calvatrueno gigantesco; una almadía, flotando sobre un mar deshabitado. ¡Qué tremendo esfuerzo supone su plantación y su desarrollo! La verdad es que los animales prehistóricos nos rondan y que pisamos sobre sus monstruosas osamentas. No existen, no, probabilidades de que la lanza de la excavadora o, simplemente, la azada del trabajador, tropiece con huellas de otras civilizaciones, de otras razas. No. Aquí, desde poco antes de Alcocer, se da un salto a los primeros días del Génesis. Cuando los elefantes primitivos y sus congéneres, recortados por la luz aguda, como un estilete, que aún no presentía a Velázquez, se corneaban cruelmente, rodeados de un duro paisaje de encinas y madroños.